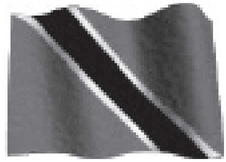
La Hermandad



TRINIDAD

Abril 5 *Como Atiba Henry y otros miembros de la Hermandad se lo dijeron a Misión*

[Pida a tres jóvenes (varones) que relaten este informe en primera persona]:

Atiba: Me llamo Atiba. Vivo en Trinidad. Mientras crecía era muy travieso y desordenado. No me importaba golpearme y andar lleno de moretones. Mi pobre madre temía que no sobreviviera los años de mi niñez. A ella le habría gustado que fuera más juicioso y que eligiera actividades menos peligrosas.

El plan

Cuando cumplí 17 años mis primos me invitaron a que los acompañara a la iglesia adventista. Fui con ellos y allí conocí a varios muchachos que despertaron mi curiosidad. Eran diferentes a los demás: amigables, ayudadores, y enteramente entregados a Dios. Los admiraba. Ellos decían pertenecer a la Hermandad. Evidentemente tenían un propósito para su vida. Animaban a los muchachos más jóvenes a pensar en lo que Dios deseaba que hicieran con su vida. Al observarlos comprendí que yo también necesitaba ser más serio con respecto a mi vida. Sentí el deseo de ser como los miembros de la Hermandad.

Ian: Mi nombre es Ian. Soy primo de Atiba y miembro de la Hermandad. Somos un grupo de adolescentes y adultos jóvenes que nos reunimos con el propósito de ayudar a nuestros amigos a encontrar en Cristo el verdadero significado de la vida. Al principio vine a la iglesia como un adolescente jovencito, interesado en los deportes que practicaban. Asistí a los campamentos juveniles y con el tiempo comencé a asistir a la iglesia. En Atiba descubrí muchos rasgos similares a los que yo había tenido, y sentí el gran deseo de ayudarle a tomar decisiones correctas para su vida.

Atiba: Yo respetaba a estos muchachos y me gustaba escuchar sus consejos. Quería seguir el ejemplo que me daban. Sin embargo, al terminar el ciclo de educación preparatoria, decidí enrolarme en el ejército sin pedir el consejo de nadie —lo cual fue un error—. A menudo tenía que trabajar en sábado, así que mi asistencia a la iglesia era muy irregular. Comencé a ausentarme cada vez más, hasta el punto de no sentir deseos de ir ni siquiera cuando tenía el sábado libre. Un día Ian me dijo que los miembros de la iglesia me extrañaban. También me visitaron otros miembros de la Hermandad. Comprendí que no estaba tomando en serio mis convicciones religiosas. Me invitaron a participar de otras actividades: deportes, reuniones evangelizadoras, salidas sociales, y otros ministerios. Así no perdería mi contacto con la iglesia.

En realidad me hacía falta mi familia de la iglesia; me hacía falta el alimento espiritual y la actividad en favor de otros. Pero tenía que trabajar la mayoría de los sábados. Comencé a desear que nunca me hubiera metido al ejército.

Kirt: Cada vez que nos encontrábamos con Atiba lo animábamos. Sabíamos que su elección de enrolarse en el ejército significaba que no podría asistir regularmente a la iglesia, pero queríamos estar seguros de que no perdiera su comunión con Dios.

Atiba: Más adelante, un sábado mi primo me pidió que lo llevara a su casa al terminar la reunión de la iglesia. Lo hice, pero poco después de dejarlo sufrí un tremendo choque con el automóvil. Desperté en el hospital tres días más tarde. Tenía varios huesos quebrados, incluso una fractura de cráneo. Tenía la mandíbula atada con alambre y podía abrir solamente un ojo. Los médicos no daban seguridad de que sobreviviera, pero creo que Dios tenía otros planes. Después de someterme a varias cirugías y de pasar tres semanas en el hospital, regresé a casa.

Kirt: Cuando los miembros de la Hermandad nos reunimos aquel sábado de tarde, Ian estaba ausente. Luego nos informaron que Atiba había sufrido un terrible accidente. La reunión de planes se transformó en una sesión de oración intercesora por Atiba. Ese día oramos para que Dios lo sanara y seguimos haciéndolo cada día hasta que estuvo fuera de peligro.

Atiba: Cuando volví a casa, todavía era incapaz de caminar y tampoco podía hablar, a causa de mis huesos rotos. Varias veces me pregunté: *¿Por qué a mí?* Tuve mucho tiempo para pensar hacia dónde estaba llevando mi vida, qué pretendía hacer con mi vida, y qué parte le permitiría desempeñar a Dios en mi vida. Sentía lástima de mí mismo a causa de todos los trastornos que me habían sucedido.

Pero los miembros de la Hermandad me visitaban a menudo y me animaban a confiar en Dios, a leer la Biblia y a orar. Disponía de mucho tiempo para hacer todo eso. Y en realidad, no estaba en condiciones de realizar casi nada más. A medida que oraba y estudiaba la Palabra de Dios, comprendí que necesitaba colocar a Dios primero en mi vida, sin importar lo que sucediera.

Tan pronto como pude caminar con muletas, asistí a la iglesia. Sigo leyendo mi Biblia dondequiera que me encuentre: en la cama, en el automóvil, o en la calle. La vida es preciosa; no sabemos qué nos depara el mañana, y necesitamos tomar seriamente nuestra relación con Dios.

Me uní al Club de Conquistadores y estudio el curso de Guías Mayores. Ahora soy parte de la Hermandad y tengo el privilegio de aconsejar a muchachos más jóvenes, así como otros me ayudaron a mí. Comprendo que lo que hago influye sobre ellos para bien o para mal. Deseo que mi vida ejerza en ellos la misma influencia que la Hermandad tuvo sobre mí. Les cuento de cómo por un tiempo viví al borde del precipicio, y caí. Ellos me escuchan y ahora están asistiendo a la iglesia, para hacer de Dios el centro de sus vidas.

Dios fue quien cambió mi vida, pero utilizó efectivamente a la Hermandad para producir el cambio. Sus miembros son mis mentores, mis amigos, mis hermanos en Cristo; Dios es bueno, ¡siempre!